

---

# EL DOBLE FILO DE LA SOCIEDAD CIVIL

El surgimiento de «alcabalas», los vecinos que cierran calles en presión por mejores servicios, «luces contra el hampa», la multiplicidad de asociaciones para el consumidor, los auxilios financieros, los jubilados, son muestras de un esfuerzo común. Su emergencia pudiera ser el inicio de la organización con arraigo por integrar las comunidades y su gente a la totalidad de la sociedad. Sin embargo, la causa y el efecto no se aplican fácilmente. La historia también nos enseña cómo las comunidades se organizan con eficacia y emoción para la guerra. Cabe preguntarse en la geopolítica de la comunidad europea por qué, ya a las puertas de su total concreción, sus principales obstáculos siguen siendo aquellos principios que paradójicamente la impulsaron: las vulnerabilidades económicas particulares de cada uno de sus miembros. En pocas palabras, la organización comunitaria no necesariamente conlleva el valor social del conjunto. Puede surgir de situaciones particulares y con fines específicos que lleguen a contradecir la propuesta tarea de la convivencia humana.

La vida pública no es sólo gobierno. La forma de organizarse en vecindarios, en nuestro quehacer laboral, nuestros manejos del ambiente físico y cultural, las formas de relación entre nosotros, bien sea intelectual o recreativamente, todo ello forma parte de nuestro espacio público. Y esto tiene tal importancia que el actual presidente de la República checa Vaclav Havel consideró imprescindible entender que lo importante no es acceder al poder, cambiar leyes o establecer programas gubernamentales sino cambiar la forma de relacionarnos, de ver al Otro, la manera de valorarnos en cada aspecto de nuestra cultura y de interacción humana.

La debilidad y falta de entusiasmo de las propuestas existentes es visible cuando por doquier surge la necesidad de reinventar la vida social, reinventar la vida política, reinventar las relaciones económicas, reinventar la gobernabilidad. La sustitución del «ser político» por

el «ser económico» ha resultado en una franca disociación del sistema social. Mientras más reducimos la vida social a la organización empresarial que tiene que luchar por sobrevivir en un mercado, sea nacional o internacional, más se expande el desarrollo de las identidades, las necesidades de pertenencia, las afirmaciones nostálgicas de un nuevo comunitarismo, o se afirma el individualismo narcisista y excluyente del mundo desarrollado.

Tenemos que reconocer que nos movemos en un mar de contradicciones. Por una parte, estamos conscientes de la necesidad de lograr que la educación, la salud, el trabajo, la cultura, sean un bien de disfrute universal y, por el otro, hemos ido construyendo un sistema económico sustentado en el interés y disfrute particular, el individualismo, la independencia. Indudablemente, el bienestar personal y el vivir el presente tienen un gran atractivo, ya que el pensar en los otros o en el futuro implica limitarnos individualmente en función del bienestar colectivo. Queramos o no, el «bien colectivo» significa en gran parte la renuncia del interés particular.

## NOSTALGIA DEL PASADO

La dificultad por combinar la libertad cooperante del pasado con la libertad individual de nuestros tiempos ha llevado al rompimiento de las ataduras sociales en aras de una creciente autonomía individual que debilita los vínculos de unión para el esfuerzo común. El predominio del dogma del mercado que unifica gustos y opiniones justifica un «pen-

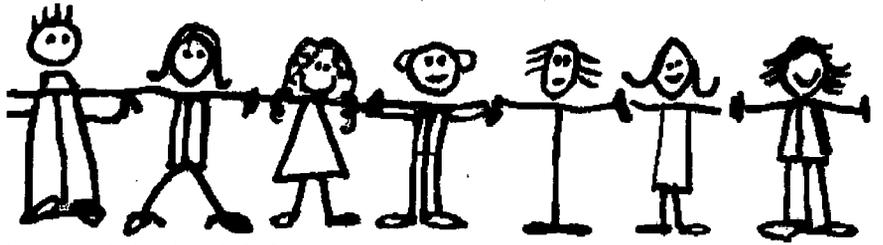
---

**La organización comunitaria no necesariamente conlleva el valor social del conjunto. Puede surgir de situaciones particulares y con fines específicos que lleguen a contradecir la propuesta tarea de la convivencia humana**

---



Mercedes Pulido de Briceño



samiento único» que valora sólo lo propio. Entonces, desde este fracaso de la universalidad de los derechos como ideal que cohesionaría la convivencia social, se replantea el revitalizar los valores de la vida local, interpersonal y comunitaria como alternativa para la «buena vida».

Es así como hemos visto que la ratificación del Tratado de Maastricht se ha enfrentado a resistencias culturales de las comunidades organizadas por la falta de concreción en cuanto a las políticas sociales y las responsabilidades de las mismas entre los niveles europeo, nacional y local. El Presidente George Bush, consagrado a la política internacional, perdió terreno ante los planteamientos de Clinton, al darle éste mayor importancia y respuesta a los problemas internos, así como a la defensa de los intereses directos de la población.

Los intentos de revivir el discurso moralista y religioso del nuevo republicano americano o de los telepredicadores están en estrecha relación con la defensa de lo particular, de la fragmentación frente a lo universal. Lo importante son los proyectos que faciliten la adhesión de las personas y que sean capaces de emocionar y crear comunidades. En cierta forma, se busca una religiosidad masificada adaptada a la seguridad individual o como medio para regenerar moralmente a la sociedad. Salvador Giner<sup>1</sup> señala esta revitalización de la vida religiosa-comunitaria como «un proceso de sacralización comunitaria» a través de rituales políticos, cívicos y populares que refuerzan la identidad y el orden en una sociedad heterogénea, dotándola de símbolos sobrenaturales o mundanos y de un discurso retórico de trascendencia histórica. No

importa el objetivo de la fe; lo importante es el sentido colectivo, y que la gente se lo crea. Frente al individualismo a ultranza tenemos que aceptar que la revitalización de lo comunitario produce un sentido de pertenencia a un proyecto colectivo. Lamentablemente, el cerrarse a sus propios intereses en desmedro de intereses generales es un mecanismo también de mayor fragmentación.

### NUEVOS PARADIGMAS COMUNITARIOS

Las «buenas sociedades» se sustentan en la «voz moral» y los valores que comparten, y no en las normas y procedimientos impuestos por coerción. Amitai Etzioni, Profesor de sociología de la Universidad George Washington y fundador del movimiento comunitarista, exalta la dimensión moral de la sociedad democrática. La revitalización de las comunidades resulta fundamental, ya que allí se desarrollan fuertes vínculos morales que ayudan a mantener el orden social y le dan sentido a los compromisos que hacemos voluntariamente. La necesidad de entender y favorecer el «Bien Común» por encima de las preferencias individuales requiere que los vínculos comunitarios asimilen también las voluntades y diferencias individuales. Ello sólo es posible si la sociedad se organiza en torno a dos grandes virtudes sociales: orden y autonomía con base en una amplia infraestructura moral, fruto de la socialización e integración de las familias, las escuelas, la comunidad y la comunidad de comunidades. Así, si aceptamos que los valores morales se adquieren en el medio familiar desde la infancia, deben existir, por lo tanto, diferentes alternativas para la diversidad de las estructuras familiares que faciliten las condiciones socioeconómicas para asegurar la dedicación de los padres a la formación de los hijos.

La escuela es una comunidad, y como tal lo importante son los vínculos que en ella actúan como control social. El ma-

---

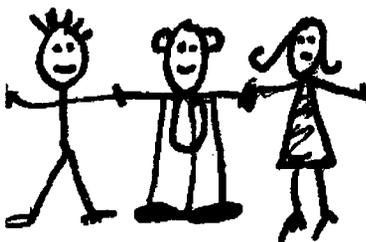
**La sociedad no es un mercado. Por lo que el individuo frío, calculador, en busca de su propia utilidad, es irreal**

---

nejo de los conflictos y la sanciones son oportunidades educativas, y no medidas punitivas aisladas. Los alumnos tienen que ser activos en la evaluación de las normas sociales y en su aplicación, pero las escuelas no pueden ser administradas como democracias abiertas: la autoridad del adulto debe ser clara para generar el modelo necesario a la formación de la autonomía. Y en cuanto a la vida comunitaria, Etzioni encuentra necesario el continuo reforzamiento a través de los proyectos de intereses comunes. Ya que es un hecho real «que las virtudes adquiridas pueden degradarse», es necesario reforzarlas con las lealtades y afectividad de la comunidad y su relación con otras comunidades. El individuo mantiene sus propias creencias buscando compartirlas con la comunidad. La comunidad provee el marco normativo, la cultura, la tradición y el espacio para el diálogo moral, pero nunca será el árbitro final. Es en este componente «voluntario» donde Etzioni sustenta el orden social en equilibrio con la autonomía individual.

### VALORES ABSTRACTOS Y VALORES CONCRETOS

La sociedad no es un mercado. Por lo tanto, el individualismo económico que esboza un hombre frío, calculador, en busca de su propia utilidad, es irreal<sup>2</sup>.





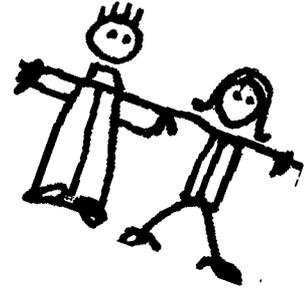
Hay que entender que el individuo coopera, intercambia y compite en relación con otros, que se vincula con una comunidad mediante la presencia social de sus miembros. La comunidad se construye sobre la «moralidad», cuyo tejido social se consolida por la regla de oro comunitaria que permite atender las necesidades y asuntos comunes de manera benevolente y responsable.

Ahora bien, las comunidades unen, pero también dividen; especialmente excluyen a quienes no pertenecen a ninguna de ellas. El enfatizar la responsabilidad individual y entusiasmo con la potencialidad de la vida comunitaria, deja intactas las estructuras económicas corporativas y libertad competitiva del mercado, las cuales están estrechamente vinculadas con la disolución de las comunidades. Por lo que, finalmente, los problemas de la sociedad son responsabilidad del individuo.

La visión «romántica» comunitarista parece olvidar las luchas del proceso de modernización para superar las estructuras patriarcales u opresivas de las comunidades étnicas, tribales o religiosas cerradas en sí mismas, que, lejos de dialogar con culturas independientes, profundizaban la discriminación como afirmación de sus propios derechos.

La experiencia de 'luces contra la hampa' sigue esta lógica de afirmación de lo propio y de defensa de mis intereses bajo un planteamiento moralista que definitivamente excluye la discusión de la diversidad de condiciones y la construcción de una convivencia heterogénea. Si nos definimos únicamente por nuestra pertenencia a una comunidad homogénea, la sociedad estallará en un número sin fin de comunidades ajenas entre sí.

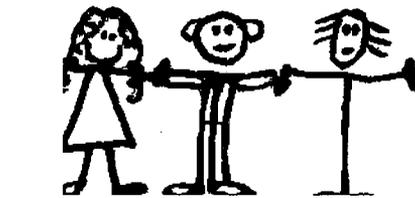
**La ilusión de que los pequeños compromisos comunitarios, hermosos pero aislados, conllevan necesariamente a la armonía de la sociedad como un todo, donde las desigualdades culturales, sociales y económicas construyan su equilibrio permanente, mantiene intacta la terrible semilla de un espejismo que, en realidad, si bien supera las pugnas individuales, refuerza los pequeños intereses. Esta ilusión simplemente cambia el todos contra todos, por el de estos contra aquellos, nosotros contra ustedes**



las identidades cerradas y obsesivas, tenemos que construir nuestra convivencia reconociendo nuestras diferencias, abriendo el diálogo sincero entre experiencias personales y culturas diferentes. Los vacíos y fracturas del presente tal vez exigen entender y crear organizaciones sociales que, como señala Levinas, nos enseñen a la renuncia del Yo, para situarnos en la perspectiva del Otro y, desde allí, construir las formas sociales que le den sentido particular y universal de la convivencia humana<sup>3</sup>.

La sociedad civil no son simplemente intereses económicos; por el contrario, es el ámbito de los actores sociales, heterogéneos y múltiples, cuyas relaciones sociales y valores culturales son procesos conflictivos, cooperadores o negociadores. Para convertirse en integradores de la convivencia social, necesitan de la mediación del sistema político que represente la diversidad de sus intereses y vaya más allá de sus particularismos. El doble filo lo constituye el pensar que la sociedad civil puede asumir el bien común sin conflictos o que ella puede asegurar el bienestar colectivo encerrándose en sí misma. Es sólo aceptando su conflictividad como podemos enriquecer la visión de totalidad tan necesaria a la convivencia. ■

**Mercedes Pulido de Briceño** es Presidenta de la Junta Directiva de UNICEF y Directora de SIC



### **LA DENUNCIA DEL PRESENTE NO ES SUFICIENTE PARA DEFINIR UNA ACCIÓN POSIBLE**

El esfuerzo por integrar unidad y diversidad, racionalidad económica e identidad cultural, merece replantear el reconocimiento mutuo de la capacidad individual, privada, si se quiere, de su propio proyecto de vida, de la misma manera que reconoce el derecho de los demás a crear y controlar su propia existencia. El reconocimiento del Otro no es una simple actitud, que pudiera encubrir la tolerancia o la apariencia de tolerancia, por conveniencia utilitaria. Es el reconocimiento del Otro como generador de respuestas diferentes a la mía ante interrogantes comunes. Entre la confianza a ultranza del «mercado», indiferente a las desigualdades y a la exclusión de los débiles y la defensa comunitaria de

